

Hacer algo que haga sus vidas diferentes

Alejandro Fontana, PhD. Profesor del PAD

Introducción

Peter Drucker en una de sus últimas intervenciones comentó: después de treinta años enseñando cómo dirigir personas he comprendido que lo realmente importante es aprender a dirigirse a sí mismo.

Sé que me dirijo a profesores que saben que la vida humana no puede explicarse únicamente con unos alcances terrenales. Que para explicarla es necesario tener en cuenta la realidad de la vida eterna, del más allá.

Por tanto, todos los aquí presentes comprendemos que la autodirección necesariamente tiene que abrirse a los demás. El tiempo que dedique a los demás no es un tiempo consumido en vano. Ese esfuerzo repercute de modo muy profundo en mi crecimiento personal; mejor, en mi crecimiento como persona.

Pero para nosotros profesores universitarios, ¿qué característica debería tener esta apertura a los demás? Recorro nuevamente a Peter Drucker y a una anécdota que vivió. Durante la visita a Joseph Schumpeter, ya mayor, el padre de Drucker le preguntó a Schumpeter si aún seguía pensando en querer ser recordado por haber enamorado a las mujeres más bonitas de Europa, por ser el mejor jinete del continente y, finalmente, por ser el mejor economista del mundo. Schumpeter le respondió que ésta era una cuestión que aún le preocupaba, pero su preocupación ya no se centraba en esos motivos. Ahora, él, un profesor distinguido de universidad, quería ser recordado por conseguir que seis alumnos brillantes se convirtieran en economistas de primer nivel mundial. “No vale la pena ser recordado por unas teorías o por unos libros. Lo que verdaderamente merece la pena es recordado por haber hecho que la vida de unas personas sea distinta”.

Por lo tanto, para que nuestra labor educadora sea muy eficaz es necesario que eduquemos la actitud de nuestros alumnos. Tenemos que ir más allá del enseñar unas técnicas o unas herramientas. Tenemos que conseguir hacer algo que haga sus vidas diferentes.

En esta exposición me detendré en llamar la atención y reflexionar sobre dos aspectos concretos. En primer lugar la necesidad que tenemos de contar con un conocimiento adecuado para dirigirnos. De modo particular, haré una breve reflexión sobre la vida humana. En segundo lugar, en las características que considero debe tener nuestro proyecto educativo para conseguir que la vida de nuestros alumnos sea diferente.

El conocimiento personal y el proyecto educativo

Para auto-dirigirse adecuadamente es necesario profundizar en la realidad antropológica. Necesitamos tener un concepto claro de lo que es la persona humana, sus realidades y las capacidades que tiene. Por ejemplo, es difícil saber lo que uno es capaz de hacer, porque no

tiene experiencia previa de lo que no ha hecho antes. Antropología para Inconformes es un libro que abre horizontes. Que explica al hombre en el contexto de una vida con trascendencia. Mi sugerencia es que lo estudien.

Ahora nos limitaremos a hacer una reflexión breve sobre la vida humana: La vida es un movimiento desde dentro, unitario y regulado.

En primer lugar, la vida se caracteriza por ser un movimiento interno, es decir, desde dentro. Todo aquello que tiene vida, define su movimiento desde dentro de él, no desde fuera. Es una acción, no una reacción. A diferencia del cohete que va hacia la luna, el movimiento del ser con vida es siempre suyo. Ahora bien, si la característica de la vida es el desde dentro, el fin de la vida no puede estar fuera de ella, sino que debe ser interior. El fin de los seres vivientes es vivir, más aún, alcanzar más vida. De allí que notemos que el anhelo de la vida no es sólo vivir, sino vivir mejor, lograr una vida más perfecta: mejores condiciones, más comodidades, etc. Hay por tanto grados de vida. Y en estos grados la vida es más perfecta cuanto más reflexión personal hay: cómo quiero ser en unos años, qué objetivos quiero alcanzar, qué aportaré, por qué hago esto. Sin esta autodeterminación el nivel de vida es mínimo.

En segundo lugar, la vida es un movimiento unitario. La unidad del ser vivo indica que en él hay un principio unificador que es precisamente la vida. La vida es auto-movimiento unitario. Por eso los grados de vida son tanto más altos cuanto más integrados están. En el hombre esta unidad puede contemplar aspectos de su actuación personal. El hombre que aúna sus apetitos es un hombre más vivo que el que no lo logra. Quien unifica sus decisiones en torno a un ideal, a un objetivo común, a un modelo es un hombre con más vida. Por eso la forma de vida más elevada en el hombre es la vida que hace referencia a la relación personal, íntima, con Dios. En este sentido, el hombre más sociable es vitalmente más pujante que aquél que se aparta o disgrega de la convivencia: ha desarrollado virtudes para esa sociabilización; y las virtudes son formas muy altas de vida; son cualidades que permiten la unidad en un estadio más alto: la organización, la empresa, la sociedad. Sin asociatividad no se pueden afrontar algunos retos, pero interactuando con otros es posible vencer dificultades imposibles para el individuo. La unidad del conjunto, por tanto, habilita para la producción de bienes. Pero estas estructuras sociales requieren que los individuos engranen con facilidad, y esta capacidad la adquiere un hombre cuando desarrolla virtudes. Por eso es necesario trabajar en el nivel personal para conformar organizaciones eficientes y eficaces.

En tercer lugar, la vida es un movimiento regulado, ordenado. La vida implica orden interno, compatibilidad de todas las partes entre sí. En las formas sensibles de vida hay una subordinación de las partes inferiores a las superiores, y todas respecto del principio vivificador: el individuo tiene que adaptar sus funciones al entorno, y el individuo es además para la especie. Quien regula en este caso es el principio vivificador de la especie.

Esta observación nos permite mostrar la inmaterialidad del principio vivificador que ordena lo inferior a lo superior. Pero además, también es fácil comprobar que a más vida, más exigencia de orden, de subordinación de las partes. Por eso, este orden es mucho más

patente en el cuerpo humano que en los animales y vegetales. Sin embargo, como la vida humana no se reduce a lo corpóreo, en el hombre se dan también otros niveles de orden. Una persona puede ser más ordenada que otra en sus pertenencias, en sus planes, en su trabajo, en sus intereses. El orden se constituye así en una señal de mayor vitalidad, y el orden más importante se da a nivel de los fines. Una vida ordenada en sus fines es una vida con mayor nivel vital, con mayor perfección.

Como profesores de carreras técnicas nos toca enseñar unos conocimientos para generar más conocimiento técnico, y enseñar unas técnicas. Pero aunque no seamos conscientes, también transmitiremos nuestra visión de la realidad, del mundo, de la vida. Siempre habrá un mensaje de este índole en nuestras enseñanzas, en nuestra opinión y en nuestra conversación. Y como la educación es por imitación. Si por algún motivo hemos conquistado la admiración o la atención de nuestros alumnos, ellos, sin ser del todo conscientes, van a imitarnos o van a asumir nuestra particular visión.

Por lo tanto, en nuestros alumnos influye mucho nuestro modo de ser. No sólo la profundidad de un concepto físico o químico, sino también el modo como lo decimos, como lo formulamos. Interesa mucho que estemos atentos a cómo respondemos una pregunta en clase: con serenidad, con claridad, con aplomo, o acaso con apuro, sin valorar la intervención. También las opiniones que manifestemos sobre la realidad nacional, y sobre aquello que nosotros valoramos o damos importancia: un excelente beneficio después de impuestos, una venta a un precio desorbitante, el modelo de auto que más nos impresiona, etc.

Todos estos aspectos reflejan de algún modo el nivel de vida que cada uno posee: si está determinada desde dentro, si es unitaria y si es ordenada. Por eso nuestra reflexión debe hacerse en estas coordenadas. En la medida que estas características estén presentes en nuestro ser, el nivel de vida que poseamos será mayor, y en consecuencia el mensaje que transmitiremos será de una mayor calidad antropológica.

Hasta aquí hemos visto que como profesores necesitamos un conocimiento más profundo de las realidades antropológicas.

Hablemos ahora del objetivo de nuestro proyecto educativo. Lo que hemos revisado sobre la vida humana apunta a considerar que en la realidad humana se pueden superponer distintos niveles de vida. En este sentido, uno de los más altos es el que se abre a la atención de las necesidades de quienes tiene cerca. En consecuencia, yo quiero proponer el mismo objetivo que se propuso Joseph Schumpeter en su madurez: hacer que la vida de nuestros alumnos sea diferente.

Como profesores de carreras técnicas pienso que tenemos el peligro de quedarnos en el plano del hacer. Una gran preocupación por conseguir que nuestros alumnos dominen unos conceptos, unas materias y unas técnicas: la enseñanza de la herramienta y del análisis. Incluso, nuestra preocupación puede escapar al entorno estrictamente científico, y enfocarnos también en buscar que nuestros alumnos redacten mejor y se comuniquen oralmente con mucho más soltura. Aún así, seguiremos estando en el plano del hacer.

Conviene recordar aquí una verdad a veces olvidada: lo más importante de los proyectos de ingeniería no son los resultados del proyecto. Lo más importante siempre será el aprendizaje personal que se dé en los propios actores del proyecto.

Por eso, pienso que nuestra actividad docente tiene que centrarse más en este aprendizaje, y en concreto: ¿Qué actitud tienen nuestros alumnos frente a la verdad? y ¿Cómo responden ante una posibilidad de servicio?

Somos una universidad, por lo tanto un colectivo que busca conocer la verdad. La universidad no es un mecanismo para la certificación profesional. No se pasa por la universidad para cumplir los requisitos necesarios para el ejercicio profesional: esta visión es limitada. Se pasa por la universidad para aprender a explicar la realidad, para tener una metodología que permita profundizar en el conocimiento, y por tanto, dominar una materia. Por eso, el gran motivador de esta tarea no puede ser una nota, ni tampoco un comentario externo. Tiene que ser necesariamente la misma fuerza del conocimiento la que lleva a saber más. Por eso nuestra tarea debe centrarse en conseguir que nuestros alumnos prueben la fuerza motivacional del saber.

Y como el saber debe abrirse hacia los demás, si quiere profundizar: la alegría se incrementa cuando se comparte; el conocimiento, también (Yepes, 1998); en el mundo intelectual será muy necesario fomentar la actitud de servicio: para que el propio conocimiento crezca, es necesario enseñarlo. Por lo tanto, entre nuestros alumnos hay que promover esta actitud de servicio: que no teman perder tiempo enseñando lo que ya saben a otros. Es la mejor forma de aprender, pero también, la manera más sencilla de abrirse a las necesidades de los demás. Y esta apertura les permitirá acceder a un conocimiento de la realidad más preciso, diferente, muchas veces, al de la burbuja en la que han vivido inmersos durante mucho tiempo.

Tenemos muchas oportunidades para trabajar en el cambio de actitud de nuestros alumnos: iniciativas de investigación, proyectos, grupos de desarrollo o de interés, clubes de lectura o de análisis. Estas iniciativas nos permitirán conocer mejor las circunstancias, los dominios, las carencias y las necesidades de cada uno de ellos; y por tanto, tendremos más elementos para ayudarlos.

Después de estas reflexiones, pienso que podríamos concluir con dos ideas y un propósito.

Conclusión

Si deseamos dar una educación de otro nivel, nosotros profesores debemos, en primer lugar, buscar ser más persona: una decidida apertura al crecimiento personal. Esta apertura nos llevará a hacer que la vida de nuestros alumnos también sea distinta. Nos corresponde enseñarles la belleza de la verdad, la fuerza del saber y el realización personal que supone el servicio a los demás. Este es el principal aporte que podemos darles: actuar para cambiar su actitud personal.